Filosofía, Arte y Letras

Por Carlos Balaguer

Del Duro Oficio

El Leopardo entre las Nieves

"El Kilimanjaro es una montaña cubierta de nieve de 6.021 m. de altura y dicen que es la más alta de Africa. Su nombre es, en masai, "Ngaje Ngai", que significa "la casa de Dios". Cerca de la cima se encuentra el esqueleto seco y helado de un leopardo y nadie ha podido explicarse nunca qué estaba buscando el leopardo por aquellas alturas".

Así comienza la hermosa novela de Ernest Hemingway: "Las Nieves del Kilimanjaro", que trata de unos cazadores en el Africa atrapados por su misma humana razón. Harry, uno de ellos, comienza el relato en sus últimas horas de vivir, pues la gangrena avanza en su pierna, pudriéndole el cuerpo y el alma:

"—Ahora estoy lleno de poesía. Podredumbre y poesía. Poesía podrida...

—Cállate Harry. ¿Por qué tienes que ser malo ahora? ¿Eh?

—No me gusta dejar nada —contestó el hombre—. No quiero dejar nada después de mi muerte".

Harry, no siente llegar la muerte, sino que sueña que un helicóptero que están esperando para que lo lleve a curarse a alguna ciudad, llega al fin y que comienzan a volar rumbo a la cima —pérdida entre la niebla— del Kilimanjaro.

Yo me pregunto si el ser humano no es igual a ese leopardo encontrado en la cima del monte nevado del Kilimanjaro, atrapado en el tiempo y en la nieve, sin saber acaso por qué llegó hasta ahí, buscando qué, acaso la vida o la muerte de sus ilusiones.

Cuando en una convención de Cardiología celebrada en Santo Domingo hace algunos meses estuve junto al Doctor Christian Barnard, el milagroso cirujano, éste expuso algunas impresiones sobre la técnica del trasplante de corazones. Le pregunté que si cuando era niño pensó alguna vez, que llegaría a poseer la facultad de cambiarle el corazón a alguien, respondió, casi de una forma ingenua: "No, uno nunca puede saber hasta dónde va a llegar y qué va a hacer cuando esté en ese lugar."

Entonces volví a recordar al leopardo entre las nieves. Y me puse a pensar que si Barnard sería capaz de cambiar, de llenar de luz, cada uno de los pechos del barrio de los corazones rotos. De cada una de esa gente que cruza ante nosotros con el corazón roto como una estrella de juguete.

Cuando era niño recuerdo, que en el colegio se decía que alguien tenía "mal corazón" cuando era malo, es decir, cuando no daba muestras de amor, de bondad.

A estas alturas me pregunto si en el fondo la humanidad tendrá mal o buen corazón. Porque Barnard aunque no quisiera no sería capaz de cambiar los corazones fallidos y resquebrajados de la sociedad o de llenar el vacío en aquellos que al parecer nunca tuvieron corazón. Entonces pienso nuevamente en el leopardo y en la nieve y en esa triste incertidumbre que embarga el corazón universal.

Si el hombre, en su carrera desmedida de perfección tecnológica y científica, ha llegado hasta la cima del Kilimanjaro y al igual que el leopardo se quedará detenido para siempre sin saber hasta dónde llegó y que nunca pudo utilizar su poder tan siquiera para conquistar la galaxia, mucho menos para conquistar al hombre, tan breve y fugaz si hechamos un vistazo retrospectivo y vemos que apenas acaba de nacer el hombre en la faz de la tierra y que al parecer, ya quiere tan temprano, desaparecer de nuevo.

Se calcula que la humanidad tiene unos cuantos millones de años y se ignora el tiempo que le falte. Pero yo estoy seguro que si alguien viajara como en un sueño en la máquina del tiempo o vinieran visitantes extraterrestres dentro de algunos millones de años al encontrar al hombre del siglo veinte en la cima de su gloria, atrapado como el leopardo de la novela, se preguntaría qué era lo que éste hacía o para qué hubo de subir tan alto, para quedar por siempre como una desconcertante cuestión, sin vida y sin signos de vida en el vacío cardiológico de su pecho.

Y encontrarían antiguos escritos en Ciudad del Cabo sobre el hombre que cambiaba corazones, corazones que se le volvían a morir en las manos, como estrellas efímeras.

Los libros y los días

Los Inventores del Sexo

Por Ramón J. Sender

— y II —

Constantemente todo eso. Porque durante la noche seguimos haciéndolo, en sueños (extraño misterio). Entretanto la tierra gira y el umbral de la noche y del día van resbalando por meridianos contrarios sobre las naciones.

Las novelas que tratan sólo de amor y son estúpidas al proponerse adoctrinar al lector para evitarle la placentera invención del sexo (que en los adolescentes es gloriosa) o son viciosamente culpables. Esto último es más evidente en el teatro o el cinema semidesnudistas o nudistas del todo porque estimulan algo tan degradante y torpe como el "voyeurismo". Celebro que no haya palabra española porque "veedor" es más bien del repertorio y vocabulario judicial de los viejos tiempos.

Antes llamábamos sencillamente las novelas de ese tipo libros pornográficos" y estaban descalificados por falta de decoro no sólo moral sino profesional. Ahora en casi todos los países de occidente hay un tipo de editor que cultiva ese mercado y de empresario de teatro o de cine que hace lo mismo. Seguramente Valle Inclán protestaría en España si pudiera ver lo que hacen con su teatro. Yo lo conocía bien y hablábamos de esas cosas con frecuencia. Cuando él decía que "su" teatro requería escenario, es decir grandes efectos visuales no se refería a revelaciones especiosas de desnudez sino a recursos que armonizaran con las pretensiones líricas de la obra.

Por fortuna todo eso pasa y el buen orden natural vuelve a imponerse. Los remotos etruscos hicieron mucho más en sus artes y luego desaparecieron y los habitantes actuales de la Etruria —Florencia— conocen todas las formas de decoro, buen gusto, discreción, diversidad (incluída alguna forma de libertinaje) e incluso ascetismo. La naturaleza es todo eso y algo más. Algo más que ignoramos. En la dirección de esas sombras (todavía no disueltas) debemos dirigir nuestra atención.

Por fortuna dentro de cada uno de nosotros, en nuestro mundo inconsciente, están todas las dimensiones del universo y buscar en él con tenacidad y alguna luz propia formas nuevas es todo lo que podemos hacer. Cada cual inventa algo en cada instante de su vida o descubre algo en la vida del mundo que lo rodea (vegetal, mineral o animal), que es lo mismo. Dejemos que los adolescentes sigan inventando el sexo creyendo que nosotros estábamos equivocados. "Entretanto —dice el francés Jules Renard— la virgen que hace mal uso de su virginidad es tremendamente culpable y todos debíamos pedirle estrechas cuentas". Pero lo único que le pedimos es que se acueste también con nosotros".

El mundo es así y no está tan mal.

Poemas de Adelardo López Ayala

Sin Palabras

Mil veces con palabras de dulzura
esta pasión comunicarte ansío;
mas, ¿qué palabras hallaré, bien mío,
que no haya profanado la impostura?
Penetre en ti callada mi ternura,
sin detenerse en el menor desvío,
como rayo de luna en claro río,
como aroma sutil en aura pura.
Abreme el alma silenciosamente,
y déjame que inunde satisfecho
sus regiones, de amor y encanto llenas...
Fiel pensamiento, animaré tu mente;
afecto dulce, viviré en tu pecho;
llama suave, correré en tus venas.

Plegaria

¡Dame, Señor, la firme voluntad
compañera y sostén de la virtud;
la que sabe en el golfo hallar quietud
y en medio de las sombras claridad;
la que trueca en tesón la veleidad
y el ocio en perenal solicitud,
y las ásperas fiebres en salud,
y los torpes engaños en verdad!
Y así conseguirá mi corazón
que los favores que a tu amor debí
te ofrezcan algún fruto en galardón...
y aun Tú, Señor, conseguirás así
que no llegue a romper mi confusión
la imagen tuya que pusiste en mí.

A una calavera de mujer

Por Gustavo Adolfo Bécquer

Esta cabeza, cuando viva, tuvo
sobre la arquitectura de estos huesos
carne y cabellos, por quien fueron presos
los ojos que mirándola detuvo.
Aquí la rosa de la boca estuvo,
marchita ya con tan helados besos;
aquí los ojos, de esmeralda impresos,
color que tantas almas entretuvo;
aquí la estimativa, en quien tenía
el principio de todo movimiento;
aquí de las potencias la armonía.
¡Oh hermosura mortal, cometa al viento!
Donde tan alta presunción vivía
desprecian los gusanos aposento.